

**Alberto del Castillo: «Subirachs, en Sala Gaspar», *Diario de Barcelona*, 4 de marzo de 1967**

No había expuesto individualmente José Subirachs en Barcelona desde 1962. Entonces era un escultor abstracto. Vuelve con una sensacional exposición compuesta de 34 esculturas, 5 dibujos y un tapiz en blanco y negro. Estas últimas son obras marginales, aunque estén los dibujos ligados a la plástica. Lo importante son las esculturas. Reconocido ya en aquella fecha como uno de los primeros escultores hispanos ha visto cimentada su fama y extendido y cotizado su nombre más allá de las fronteras y los mares. Sin duda con intención de enlazar su obra reciente con la exhibida en 1962, la exposición comienza con obras de este año y termina en 1966, con aumento sucesivo en el número de piezas. Hasta 1965 continua siendo abstracto, si bien, conforme hice observar en una ocasión, todas sus obras de este género tienen un tema, que es la idea que intentan expresar. Su abstractismo no era nórdico, sino cálido, meridional, ávido en su desnuda apariencia, de luz de expresión y de transparencia.

Al igual que tantísimos artistas, Subirachs decidió en 1965 abandonar la abstracción y pasarse a la nueva figuración. Aparte del paréntesis figurativo de la grandiosa y solemne decoración escultórica del Santuario de la Virgen del Camino, orgullo de León, realizada en 1961, el lector recordará el precedente neofigurativo del monumento barcelonés a Monturiol. Va ahora más allá en este mismo sendero. El artista confiesa que se propone “colaborar en la creación del estilo de nuestro tiempo. Un mundo donde esté presente la huella del hombre”. Se trata de la realidad trascendente y no de la imitación de la realidad. De realidades creadas –no halladas hechas- de seres y objetos que empiezan siendo una cosa y acaban siendo otra, de la realidad del misterio surgida o transmutada por fuerzas o agentes ocultos y no de la realidad sometida a leyes fijas naturales. Se trata, en suma, de un realismo mágico más que de un novorrealismo puro y simple.

Subirachs ha cambiado el concepto, pero ha conservado su sistema. La fachada es distinta, la esencia es la misma. Persiste la bivalencia de los elementos positivo y negativo, de la masa y del hueco, símbolos de la realidad generadora y de la vida y de la muerte. De aquí esos ejemplos del molde como posibilidad de creación y del hueco o de la hornacina, del vacío como riesgo del no ser que engendra la turbación y el misterio. Es un realismo mágico y metafísico que expresa por la simetría su ansia del más allá del hombre, estableciendo un equilibrio, una estabilidad, un aplomo que da importancia a la obra y faculta sus posibilidades de monumentalidad. Y manifiesta la idea de infinito en la repetición de la imagen –a veces ayudada por su refracción en un espejo- o por la sucesión de la misma en tamaños distintos, como generaciones que se siguen unas a otras por los siglos de los siglos.

Estilo de nuestro tiempo en este orden de cosas que no se aviene ni se satisface con la simple narración del realismo intrascendente. Le gusta decir esas cosas que son y no son, al igual que el misterio, pero dichas a la perfección. Aquí no hay interrogante y sólo afirmación. La belleza formal de la obra de arte debe ser absoluta. En este sentido Subirachs es un clásico o un renacentista. Desearía ser el Benvenuto Cellini de nuestra época. Suprema es, en efecto, la calidad artesana de sus esculturas, de la piedra, del mármol o del bronce, con el juego sobrio del color cuya armonización tanto ayuda a la poesía inherente a la plástica de este sensible artista. Puede pensarse en concomitancias entre el realismo mágico de Subirachs y el surrealismo, tan actualizado en estos momentos. Lo que hay que rechazar de plano en su parentesco con el popart. La escultura de Subirachs es una plástica refinada, llena de exquisiteces y con un contenido que obliga a la observación para ser descubierto, es decir, precisamente lo contrario del popart, charlatán, populachero e inteligible hasta por los más lerdos. Digo esto porque he visto frecuentes referencias a Rauschenberg y las considero inadmisibles. Subirachs está en un plano distinto, más actual y muy superior.